

Luego, con razon os decia yo, amados oyentes, que, entre todas las cualidades, la inconstancia en los caminos de la salvacion era la ménos á propósito para el reino de Dios. Para los demás pecadores hay otros socorros; pero, para los inconstantes, ninguno hay, á lo ménos, yo no le alcanzo; para hallarle, es preciso salir de los caminos ordinarios de la Providencia en orden á la salvacion de los hombres.

Amados oyentes míos; si aún vivís en estas alternativas de gracia y pecado, acabad de declararos; bastante tiempo habeis balanceado entre el cielo y la tierra. ¿De qué sirven esos esfuerzos que haceis para volveros al Señor, con esas flaquezas que os apartan de él? ¿Qué vida tan penosa es el vivir con estas continuas revoluciones de culpas y de arrepentimiento! Bien lo sabeis; os hallais continuamente combatidos de aquellas interiores turbaciones que os llaman á la inocencia, y de las infelices inclinaciones que os vuelven á arrastrar al vicio. Vivís siempre ocupados, ó en llorar vuestras flaquezas, ó en vencer vuestros remordimientos. Jamás sois felices, ni en la culpa, en la que no hallais paz, ni en la virtud, en la que no podeis permanecer constantes. Tened, pues, piedad de vuestra alma; estableced una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechaos de estos últimos rayos de misericordia, que la bondad de Dios envía aún á vuestro corazón. Acaso llegais ya á aquella última inconstancia, que va á poner fin con la obstinacion á todas las desigualdades de vuestra vida, y que como un árbol, muchas veces seco, muerto y arrancado de raíz, segun la expresion de un apóstol, vais á permanecer para siempre del lado que caigais: fijad, pues, en la obligacion todas las inquietudes de vuestra alma, para que, fundados y arraigados en la caridad, podais algun día, ir á recibir en el cielo la corona de la salvacion y de la inmortalidad, que está prometida á los que perseveraren hasta el fin. Amen.

Véase: FERVOR y PERSEVERANCIA.

INCONTINENCIA; véase: DESHONESTIDAD. — IMPUREZA. — SENSUALIDAD.

---

## INCREULIDAD.

---

### I.

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

(JOAN. VIII, 46.)

La impia pertinacia con que los fariseos persiguieron á Jesús Nazareno, por no verse precisados á observar la ley que les promulgaba, y cuya verdad y justicia tan evidentemente les habia demostrado, se ve hoy reproducida, en la pérfida obstinacion con que los presumidos filósofos rechazan la revelacion divina, y contra la que se han conjurado, con el objeto de eludir el cumplimiento de los preceptos que Dios les ordena por ella: en cuyo caso, ¿cuándo interesará más el presentar á la consideracion de los fieles los motivos de su creencia? No se me oculta, que esta misma verdad puede darse por ofendida al ver, que emprendo su apología con peligro de desfigurarla, despojándola de su belleza y atractivos; conozco igualmente, que no soy enviado como los apóstoles á unas gentes incircuncisas, rebeldes y obstinadas en resistir al espíritu de la verdad, y sí á un concurso verdaderamente católico; confieso, en fin, mi osadía, al tomar á mi cargo tan árdua empresa; pero, las palabras que acabais de oír del Evangelio de San Juan, el poderoso ascendiente que va tomando la impiedad, que, cual mortífero contagio, cunde por todas partes, progresa en todas las naciones, se llena de arrogancia con sus conquistas, y amenaza insolente devorar al universo, y principalmente las enormes desgracias que afligen á nuestra patria, por la imprudencia de algunos, que se dejaron seducir al silbido de una falaz elocuencia; todo esto, me alienta, y como que me impele á arrostrar todas las dificultades. Espero, pues, que no llevareis á mal, que procure excitar vuestro celo para la persecucion de ese monstruo, recordándoos, en pocas palabras, su origen infame y sus terribles efectos; y que trate de averiguar la causa de haberse levantado tantos y tan encarniza-

dos enemigos contra la doctrina de Jesucristo, siendo tan santa y verdadera, para que, conocida su intencion, hagais por arrancar hasta la última raíz del mal, que si continúa, nos conduce á una ruina inevitable. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ninguno que sea capaz de discurrir, y discurra sin preocupacion, dudará jamás, que la ceguedad verdadera ó aparente del entendimiento en los incrédulos, procede, por lo regular, de la perversidad de su corazon. Quisieran, que no hubiera ley alguna; desearian, que no hubiese legislador; y de aquí pasan á negar su existencia. Son demasiado terminantes las palabras que, en prueba de esto, dirige el Salvador á los judíos: vosotros, les dice, no quereis abrazar mi doctrina, *quia ex Deo non estis*. En esto se distingue el espíritu de la verdad del espíritu del error. Los mundanos, los que tienen sepultado en la tierra su corazon, y sumergida su alma en el inmundo cieno de los placeres sensuales, estos miserables, resisten siempre á la verdad; resisten á las palabras saludables de Dios, que es la verdad misma; éstos se someten gustosos al vergonzoso yugo de Lucifer, se complacen en escuchar sus lisonjeras promesas, sus voces engañosas de felicidad; y de aquí, pasan á imitar las detestables obras de éste, á quien reconocen por padre: *vos ex patre diabolo estis*.

Aquellos insensatos, dice el Apóstol, que, cerrando los oídos á los clamores de la conciencia, se abandonan á las infames pasiones de la codicia, de la sensualidad y disolucion, son los que envuelven sus entendimientos en las densas tinieblas del error, inhabilitándolos para percibir la claridad hermosa de la verdad y de la Fé, porque han endurecido, primero, su corazon, en los desórdenes que aquélla condena.

Pero, no quiero ocuparme en aglomerar testimonios, sí, más bien, en examinar de cerca la conducta del incrédulo, comparándola con la de los malignos fariseos. Si atendemos á las exquisitas diligencias que practican, para informarse de lo ocurrido con el Ciego de nacimiento, nos dejaremos seducir, creyendo, que su objeto es averiguar la verdad de aquel milagro, para decidirse por su autor; mas, cuando los vemos resueltos á quitar la vida á Lázaro, porque era una prueba la más demostrativa de la omnipotencia de quien le habia resucitado, ya no podemos dudar, de que son unos pérfidos enemigos de la verdad, que no tan solo le cierran obstinados y pertinaces las puertas de su corazon, sino que, además, hacen todos los esfuerzos posibles por impedir que la conozcan y abracen los demás. Del mismo modo los herejes, cuando hacian disimuladamente la guerra á algu-

no de los más sublimes misterios, oponiendo las dificultades insuperables, las aparentes contradicciones en que se estrellaba á cada paso la razon, pudieran tal vez persuadirnos á que, deslumbrados con un vano fantasma de verdad y sabiduría, trabajaban de buena fé por averiguar la doctrina verdadera, y poder prestarle un asenso firme: no así ahora, que se ha descornado el velo, con que en algun tiempo ocultaban sus infernales proyectos. En nuestros días, no se hace la guerra á los misterios, cuya creencia exige el sacrificio más completo de una razon orgullosa; se impugnan las verdades, que por su solidez se han hecho palpar por los hombres de todos tiempos y países; se ataca la verdad en sí misma. Ya no se contenta el incrédulo con negar un misterio, por la dificultad que contiene; opone á él otros, que solo pueden haberse forjado en el mayor acceso de un frenético delirio, y que es absolutamente imposible que crea él mismo. El nécio materialismo, el fatalismo, cuantos absurdos han podido inventar los antiguos filósofos, toda vez que han intentado apurar los misterios de la naturaleza; todo, todo lo ha reunido con el mayor esmero la filosofia moderna, añadiendo sus imposturas é invenciones, para negar la Providencia, la revelacion, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios y de su ley.

Yo no sé por qué monstruosa inconsecuencia, el filósofo, despues de haber entronizado su razon, la deprime hasta destruirla completamente, consumiendo su talento en querer persuadir al hombre que, nada absolutamente puede saber, que es muy dudoso su origen, é imposible de preverse su fin; que no puede averiguarse si hay en él una sustancia espiritual, ó si es todo materia como el bruto; que aún no ha llegado á apurarse si goza de libertad, ó si obra necesitado por su misma naturaleza ó á manera de un autómeta, por una fuerza extrínseca que él no descubre; que nadie puede estar seguro de que existen fuera de su fantasia esos seres, que se le presentan como reales. Y ¿á dónde os parece que se dirigen unas dudas tan indecorosas á la razon, tan depresivas de la dignidad del hombre? ¿A dónde? Admiraremos la sinceridad de los nuevos sábios: pretenden conducirnos á una duda universal, para poder inferir con la más completa seguridad, que no hay Providencia, que no hay Religion, que no hay Dios, que no hay ley.

Hé aquí, en dos palabras, el motivo porque se resisten los incrédulos á la doctrina del Evangelio; porque les impone la obligacion de someterse á la ley, de sacrificar su orgullo, de reprimir sus pasiones, de violentar sus deseos; porque quieren vivir sin temor, sin remordimientos, sin trabas de ninguna especie.

Se levantó el insensato contra Dios; y para seducir á sus semejantes, rompamos, les dice, las duras cadenas; sacudamos el yugo insupportable con que quiere teuernos esclavizados la Religion. Aunque no fueran tan terminantes las palabras del real Profeta; aunque Jesucristo no asegurara, que solo resisten á su divina palabra los que, como hijos del diablo, quieren obrar conforme á los deseos que les inspira su detestable padre; aunque el Apóstol no hubiera profetizado con tanta claridad, que llegarían tiempos, en que unos hombres orgullosos se declararían enemigos de la verdad y perseguidores de la Fé, para sacudir el yugo de la dominación; las expresiones mismas de los incrédulos lo ponen ya de manifiesto. Quitáronse la máscara, que habia ocultado sus designios: *projiciamus á nobis jugum ipsorum*, (PSALM. II, 5) dicen con el mayor descaro: somos independientes!!! El don más apreciable de la naturaleza es la libertad; esa dulce y encantadora libertad, á que nadie, nadie absolutamente, puede poner límites. Somos independientes!!! y los más acérrimos son fatalistas. Somos independientes: á nadie debemos doblar la serviz; la sumisión es indecorosa, nos envilece y degrada. Nadie tiene derecho á dictarnos leyes, ni aún la Religion.

La Religion...! Y ¿qué es la Religion sinó un vano fantasma, que inventó la política de los tiranos, para esclavizar á los pueblos, y sostuvo la ambición astuta y disimulada de los sacerdotes, para hacerse dueños de los mismos tiranos? Hagámosles, pues, á un tiempo, la guerra: *projiciamus á nobis jugum ipsorum*. Ataquemos á la Religion, y perecieron los reyes; rompamos los cetros, y queda sin apoyo, y, por tanto, destruida la Religion. Olvidese en el mundo, quede sin significado el ominoso nombre de potestad y superior; no haya otra ley que la de la fuerza y de la astucia.

Qué! ¿os admira mi lenguaje? ¿suponeis que mis expresiones son dictadas por un celo excesivo, indiscreto? Tomad en vuestras manos esos libros... ¿Qué iba á aconsejaros? ¿insensato! tomadlos, sí; pero, para arrojarlos al fuego, no para convenceros, de que aseguran sus autores lo que acabo de decir. Por otra parte; ¿á qué ese obstinado empeño de negar, sin razón alguna, la existencia de otra vida? El que tanto ansia morir como el bruto, es bien seguro que no piensa vivir como el ángel. ¿A qué ese monstruo filosófico, de que el estado de sociedad es violento para el hombre? ¿á qué ese prurito por la vida patriarcal, que, en su idioma, no se diferencia de la vida que viven las fieras en la selva? ¿á qué establecer la propia utilidad por único regulador de la justicia? A nadie pueden ocultarse los errores consiguientes á estos delirios. ¡Miserables! no advierten, que son cogidos

en los lazos que, temerarios, han armado contra la Religion: ellos mismos publican por ese medio, que la Religion, y sola la Religion es el apoyo de la sociedad; que sola la Religion es la que asegura la paz, el orden, la felicidad de los pueblos; que sola la Religion del Crucificado es la que garantiza los derechos de los súbditos respecto á sus soberanos, á quienes obliga á circunscribirse en sus límites.

Así es, en efecto, señores: sin Religion, sin la idea de una ley superior á todas las criaturas, sin el temor de una justicia invariable y eterna, ¿tendrá otro deber el hombre que el cuidado de su propia comodidad? Si tiene por conducente para ello, el fraude, la traición, el robo, la calumnia, el asesinato, el parricidio, todos los crímenes, todos los horrores; no solo se supondrá autorizado, mirará como un deber, valerse de todos ellos. Seria, dice un filósofo, nada preocupado, seria el más insensato de todos los hombres, si no lo hiciera. Y ¿quién seria capaz de contenerle? La ley? Nadie le puede obligar á su cumplimiento. ¿El pacto forjado en la cavilosa fantasía de los incrédulos? Cuando fuera real, ningún dominio tenían sobre su libertad los contratantes; y aunque el mismo lo hubiera firmado con mil juramentos, ninguno tiene la menor fuerza, en el momento que le sea gravoso su cumplimiento. ¿El castigo? Baste repetir lo que decía otro filósofo, á saber, que abolidas las ideas de Religion, ninguno debe ser castigado por sus delitos, sino por la fatuidad de no saber ocultarlos. El castigo! ¡ay! ellos mismos observan, que sin Religion, solo sirven los castigos para exasperar á los delincuentes, y acrecentar infinitamente los crímenes. Sufocados los sentimientos de Religion, nos dicen, cuanto las leyes son más severas y más rigurosas las penas, tanto son más fáciles y frecuentes las convulsiones políticas y más terribles las insurrecciones de los pueblos.

Si quereis, por último, conocer á punto fijo el origen y resultado de la incredulidad, oid al real Profeta, que lo describe en pocas palabras, cuando se lamenta de la suerte fatal que cabe á los pueblos habitados por los impíos (PSALM, XIII). No haya Dios, dijeron en su corazón, porque del todo se habia ya corrompido por sus abominables deseos: sus lenguas infernales no son capaces de moverse sino para engañar y seducir; y bajo las halagüeñas promesas de felicidad, tienen escondido en sus lábios el veneno mortífero de una completa desolación: sus bocas detestables rebosan maldiciones y amarguras, y sus piés corren con extraordinaria velocidad á derramar la sangre de sus hermanos. Por donde quiera que caminen, llevan consigo el dolor y la miseria; y jamás llegan á abrigar miras pacifi-

cas hácia sus semejantes. Los mismos incrédulos se ven precisados á confesar esto, cuando no admiten otra ley que la de la fuerza.

2. ¡Desventurada nacion la que abrigue tales mónstruos en su seno! La opresion, la alevosía, la guerra, el fuego, la desolacion.... mi ánimo desfallece al contemplar tan horroroso cuadro; pero, él es el resultado infalible de la incredulidad. Sin embargo, es tal la desfachatez y osadía de sus adeptos, que llegan á atribuir á la Religion todos estos horrores. Ella es, dicen, un fecundo manantial de trastornos é infelicidades; ella disminuye la poblacion con el celibato de un exorbitante número de ministros; ella arruina las clases productoras, para mantener el fausto de los templos, el aparato de las solemnidades y la avaricia de los clérigos; ella reprime la libertad que ha concedido al hombre la naturaleza; ella se opone á los progresos de la civilizacion; ella reprueba los medios indispensables para promover la felicidad del estado; ella....

¡Ah Religion santa! ¡Religion divina! ¿qué sabrian, si no fuera por tí, esos presumidos filósofos? ¡Oh! y cuando á las luces que tú les prestas, deben esos adelantos, cuyo descubrimiento te usurpan, te conceden en recompensa el baldon y los insultos. ¡Tú impides los progresos de las ciencias, porque mandas el temor de Dios, que es el principio, la fuente de la verdadera sabiduría! ¡Tú fomentas la ignorancia, porque no asientes á que los hombres obcecados se precipiten en el abismo del error, colocándolos en la senda única capaz de conducirlos al descubrimiento de la verdad! ¡Porque prescribes el culto del verdadero Dios, que es el dueño absoluto de todos los entendimientos y de todas las facultades, dicen, que no hay en tí otra cosa que tinieblas, ignorancia, errores y absurdos! ¿De qué se glorian esos hombres infatuados, les dice un profeta, si no conocen al Señor, cuya existencia les predicán elocuentemente todas las criaturas? ¡Qué! porque un rústico, por la expedicion de sus ojos, pueda ver perfectamente los más imperceptibles resortes de una máquina, ¿se creará más sábio, que el ingenioso artífice que la inventó? ¿ó negará la habilidad y hasta la existencia del maquinista? Si la filosofía, con tantos sistemas llenos de adornos, pero faltos de solidez; ingeniosamente combinados, pero sembrados de absurdos y contradicciones; hubiera conseguido formar, no otro universo, si solo una hormiga, un solo átomo; si en fuerza de tantas investigaciones y experimentos hubiera logrado, nó hacer inmortal á un solo hombre, si solo prolongar algun tiempo su vida sobre la época regular, dar la vista á un ciego de nacimiento; si hubiera llegado á realizar el imposible, confesado por su jefe, de componer una sociedad de impíos... vuestra razon

¿alcanza todo aquello á que se hubieran atrevido en estos casos? Yo os aseguro, que mi mente vaga en la inmensidad del espacio, cuando se detiene á reflexionar sobre este asunto. Pero, ¡ay! que por cualquier lado que lo mire, no descubro sino horrores y desgracias. ¿Qué esfuerzos, pues, no debemos hacer, por destruir, por aniquilar ese mónstruo, que, al fin, pudiera llegar á envolvernos?

Potestades de la tierra! esta gloriosa empresa es exclusivamente vuestra. El Autor de vuestra existencia y Señor de todo el universo, ha tenido á bien cederos una porcion de su soberanía, para que hagais observar estrictamente á vuestros súbditos las leyes de su adorable providencia. Si impone á éstos, la obligacion de obedecer al César, es á fin de que éste les compela, en el modo posible, á someterse á su omnipotente voluntad, haciéndole responsable del mal que no haya evitado, pudiendo. La muerte, que iguala las condiciones de los hombres, os hará comparecer con vuestros súbditos ante el juez inexorable, que os hará cargos, tanto más terribles, cuanto más ámplia fué la autoridad de que os constituyó depositarios. ¡Ay de vosotros, si los pueblos pueden argüiros con fundamento, que vuestro descuido es la causa de su infidelidad y de su reprobacion! Yo me guardaré de criticar en tiempo alguno la conducta de los gobernantes, y compadezco siempre su suerte, porque, precisados á ver la mayor parte de los negocios por ojos ajenos, atraen sobre sí la responsabilidad de las providencias que no sean acértadas: tampoco tendré la temeridad de entrometerme en los asuntos políticos: *tractent fabrilia fabri*: mas inculcaré sin cesar, en que se interesen aquéllos de veras en la prosperidad y gloria de sus pueblos, y consagren especialísimamente sus desvelos á conservar en toda su pureza la Religion y la ley santa del Señor; á arrancar de su suelo, hasta la última raíz de la impiedad; á desterrar esas armas morales, que ocasionan más estragos que las físicas; esos escritos, que difunden á todas partes el germen de la incredulidad. Levantaré mi voz y clamaré con todas mis fuerzas, que el freno solo de la Religion es capaz de contener al incrédulo en los límites de su deber. Repetiré á cada paso, que, sin Religion, de poco ó nada sirven las leyes, los tribunales, los castigos, las recompensas; y que, por el contrario, la Religion pura y verdadera, dominando en el corazón del legislador, del magistrado, del juez, del sacerdote, del militar y del pueblo, asegura la comun prosperidad. Ardua es la consecucion de mis deseos, lo confieso; pero, uniendo nuestros votos, y clamando al Señor, para que asista en sus disposiciones á los que nos gobiernan, con el espíritu de su sabiduría, rectitud y justicia, diciendo: *Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis;*

seguros debemos estar, de que se establecerá el orden, se consolidará la tranquilidad, será verdadera la libertad de que disfrutemos; esta nación será admirada de las otras por su catolicismo, temida por su poder, amada por su integridad; finalmente, los magistrados, por su celo y piedad; los súbditos, por su obediencia y fidelidad; y todos, por nuestra fé y Religion, viviremos contentos en esta vida, y seremos felices en la otra. Amen.

## INCREULIDAD.

### II.

*Noli esse incredulus, sed fideus.*  
No seas incrédulo, sino fiel.

(JOAN. XX, 27.)

La Religion, amados hermanos míos; fué dada al hombre para su felicidad. La fé, primera parte de esta santa Religion, es la misma vida de nuestra inteligencia, el medio por el cual hace Dios descender su eterna verdad hasta nosotros, y la pone al alcance de todo entendimiento. Sin embargo, al lado de este hecho, que llena el universo y los siglos, y lleva al hombre á una creencia religiosa, hallamos otro hecho, un hecho, digámoslo así, paralelo: el hecho de la incredulidad. ¿Es la incredulidad achaque tan solo de los ánimos débiles ó viciosos? ¡No! hermanos míos. El hecho de la incredulidad es inmenso; en todas partes se presenta á nuestra vista; y los que dilatan el campo de la incredulidad son, no solo los ánimos débiles, sino también, muchas veces, ánimos elevados, inteligencias nobles, hasta hombres honrados.

La incredulidad está donde quiera; la respiramos, por decirlo así, por todos los poros. Por consiguiente, no podemos pasar por alto este hecho, sin decir de él á lo ménos algunas palabras. Probemos, primero, el hecho de la incredulidad, é indiquemos lo que le relaciona y le distingue del de la creencia religiosa; en seguida examinaremos su valor. A. M.

1. El hecho de la incredulidad es inmenso, he dicho; pues, si hay hombres que por la fé se elevan sobre el mundo y las cosas visibles, y se mantienen suspendidos por la esperanza entré el cielo y la tierra, ¿no los hay también que, según parece, han hecho pacto con sus ojos, para tenerlos fijos en el polvo de este mundo y cerrados á la luz del cielo, que podría recordarles su origen y su destino; un pacto con su espíritu, para aprisionarlo y detener el vuelo, que podría levantarle hácia un mundo superior; un pacto con su corazón, para consagrarlo al amor á los bienes materiales, y para ahogar en él todas las inspiraciones elevadas, que tenderian á más altos destinos? Si algunas ciencias y artes, si el talento y el génio, consagran sus palabras y sus plumas, sus pinceles y sus monumentos; á celebrar, defender y proteger la fé; ¿no hay, en cambio, talentos, artes y ciencias, que se dedican á proteger la incredulidad? Al lado de las poblaciones que elevan á la fé altares, santuarios, iglesias, templos y gigantescos monumentos; ¿no nos muestra la historia pueblos furiosos que los derriban? Al lado de los gobiernos que prestan á la Religion su proteccion y la de las leyes, ¿no hay también en la historia gobiernos, que la proscriben y hasta persiguen á los hijos que la son fieles?

La incredulidad, pues, en estos tiempos, se asemeja á la creencia religiosa en su extension. La incredulidad lucha do quiera, hasta en el hogar doméstico, aunque no sea sinó por el ejemplo, con la creencia religiosa. Pero, por grande que sea el hecho de la incredulidad, no es universal, no llena los tiempos y los lugares, no ha llegado á la universalidad y á la perpetuidad. Durante los cuarenta siglos que precedieron á Jesucristo, no hubo un solo pueblo, ni un solo hombre, que profesase ostensiblemente la incredulidad. ¿Acaso el griego y el romano, derribaron nunca los altares de sus ídolos? ¿Acaso el indio y el chino, persiguieron nunca con sus sarcasmos la fé de su patria? Nó, ese es un hecho que no ocurrió en la antigüedad; solo al cabo de cuatro mil años empezó á mostrarse la incredulidad, suscitando dudas sobre la fé, que, por otra parte, habia sido arrastrada por el fango de las pasiones. Y observad también aquí la impotencia de la incredulidad; los génios antiguos, inspirados por sus creencias religiosas erróneas, habian consignado esa verdad en sus escritos, y hoy día conmueven aún nuestras almas; la incredulidad ha dejado en pós un poema sin alma, cuyos acentos se parecen á una voz salida del sepulcro. Es que allí donde no late la vida religiosa, todo está muerto, así el génio, como el corazón. Desde Jesucristo, hasta nosotros, durante diez y siete siglos, ¿veis á un pueblo, á hombres de alguna valía, que profesen la incredulidad? Cierito, que habia pobres

idólatras y herejes, que perseguían y declaraban la guerra á la fé católica; pero, nos perseguían en nombre de una fé religiosa, en nombre de lo que creían ser la verdad: no eran incrédulos. Hasta el siglo xvii, no empezó á resonar altamente la voz de la incredulidad, lo cual fué un hecho singular en el mundo. Verdad es, que despues la incredulidad ha ido aprisa y léjos; sin embargo, ¿ha llegado nunca á la universalidad? ¿habeis visto jamás un pueblo, que profese exclusivamente la incredulidad?

Hay otra diferencia, y es; que la creencia, ó la fé, tiene una doctrina positiva, clara; la incredulidad no la tiene: no es más que una negacion. La fé, hermanos míos, tiene un símbolo, es un sistema, en que todo está firme, en que todo se eslabona. Nosotros explicamos perfectamente el presente con el pasado y el porvenir. A todos los hijos de la Iglesia les decimos: Esta tierra es el vestíbulo del cielo, hay penas en la vida, porque ha habido crimen. Pero, las penas tienen compensacion; más tarde, los goces del cielo inmortalizarán al hijo de Dios, que hubiese sabido reparar el mal con el sufrimiento. En ese sistema, repetimos, todo está firme; explicamos el fenómeno singular que se ofrece siempre á nuestra vista, el fenómeno de la desdicha, y damos el consuelo. ¿Tiene la incredulidad una doctrina? ¿Tiene un símbolo? ¿Tiene consuelos? Los consuelos solo nacen de una esperanza sólidamente fundada en la fé. ¿Qué será, pues, la fé religiosa de unos hombres, que para nada quieren el cielo cristiano? ¿Qué esperanza tendrán de vencer, sin la ayuda de Dios, la infelicidad y el dolor, que reinan aquí abajo, desde hace seis mil años?

Finalmente, el tercer carácter que distingue el hecho de la incredulidad, del hecho inmenso de la creencia, es su modo de extension. La fé inspira la caridad, el celo, el amor. Un corazon, al que ha descendido la eterna verdad, no puede guardar para sí mismo el tesoro que se le ha confiado. Pero, cuando la fé quiere comunicarse, ¿emplea acaso medios violentos? Nó, hermanos míos; y cuando venimos á vuestro lado á anunciaros esta verdad, abrimos los lábios y el corazon para derramar, en cierto modo, sobre vosotros, para comunicaros en un abrazo fraternal, la seguridad y el placer que saboreamos en la fé; á nadie hacemos violencia, ni lanzamos nuestro anatema al que no acepta nuestra fé. En una palabra, la fé se comunica á impulsos del amor. ¿Y es así como la incredulidad se difunde por el mundo? En el último siglo, la filosofía incrédula apeló á todas las ciencias para combatir la fé; pero ¿lo hizo á impulsos del amor? ¿Leed sus obras! ¿No están plagadas de mofas, de calumnias, de rencores infernales contra las creencias bajadas del cielo? Y cuando aquella filo-

sofia tomó asiento en el consejo de los reyes, cuando la fué dado obrar en el mundo, ¿qué hizo? Evocó y arrojó todas las pasiones contra la creencia de los siglos; enconó al pueblo contra sus templos y altares, ante los cuales, empero, se encontraba á la misma altura que los reyes; contra las creencias, que constituían toda su gloria y ventura; contra la Iglesia, que se habia encargado siempre de la defensa del pobre; contra todos aquellos templos, que, sin embargo, eran los únicos palacios del que ninguno tiene en la tierra. ¿Y quién vino á cambiar de improviso los instintos de un pueblo tan humano y tan culto? ¿quién, á inspirar aquellos sentimientos de ódio? ¿quién, á hacer salir, como del fondo del infierno, todas las pasiones ávidas de sangre? ¿Quién? ¿no es la incredulidad? Y hoy, todavía, si hay malas pasiones que se agitan, si se oyen gritos de ódio contra ciertas clases de la sociedad, ¿de dónde vienen esos gritos? ¿de dónde, hermanos míos, esas amenazas? ¿Del campo de los creyentes, acaso? ¿de los hombres de fé? Nó, de seguro; sinó siempre de la incredulidad!

2. Examinemos ahora el valor de la incredulidad, cuya importancia y medios acabamos de exponer. La incredulidad nada prueba contra la fé; por el contrario, prueba mucho en favor de ella. En primer lugar, nada prueba contra la fé. Como ya llevo dicho, no es un hecho universal y perpétuo; por consiguiente, la incredulidad no es inherente á nuestra naturaleza: las pasiones bastan para explicarla. En segundo lugar, nada prueba tampoco contra la fé, porque carece de doctrinas: no es más que una negacion, ó, á lo más, una duda. Yo creo: la fé derrama en mi alma una luz, y en mi corazon unas esperanzas, que llegan á mi naturaleza. En estos rayos de fé veo el mundo superior, al cual me impelen siempre los sentimientos, los deseos y necesidades de mi corazon. En esto hay algo positivo. El incrédulo se pone delante de mí, y me dice: ¿Qué es esa fé, de que me hablas? Esa luz, yo no la distingo; y ese mundo superior, el cielo, yo no acierto á imaginarlo siquiera. Creedme, solo es real, lo que cae bajo el dominio de los sentidos y de la experiencia; la fé no es más que un desórden de la inteligencia. ¿Qué prueban, decidme, esas palabras de la incredulidad? Lo que probaria contra la vision un ciego, que viniera á negarme tambien la luz del sol, la hermosura del espectáculo de la naturaleza y del cielo. ¿Qué responder al descreido? Lo que responderiais al ciego: os limitais á deplorar su desgracia; por lo que á vosotros hace, abris de nuevo los ojos y contemplais el cielo, la magnificencia de los globos que giran sobre nuestras cabezas, ó el cuadro de una rica naturaleza. Yo veo, yo sé, y esto me basta; y aun-